

Valores de Finlay y Psicología de los Finlaístas

Por el DR. FELIX MARTI-IBAÑEZ

Director y Profesor del Departamento de Historia de la Medicina del New York
Medical College, Flower and Fifth Avenue Hospitals
Director de MD Medical Newsmagazine, New York, N. Y., EE. UU. de A.

Sería lo clásico, respondiendo a la gentil invitación de esta revista, hacer una evaluación o un cálido panegírico del cubano de los pálidos ojos pensativos y la espaciosa frente lírica que al derrotar al vómito negro escribió una página de luz en la Historia de la Medicina. Pero acaso sea más romántico rendir un tributo de nuevo estilo a su memoria, no hablando de él a quienes saben tanto más que yo sobre su obra, sino escribiendo de los que han consagrado su vida a reivindicar la gloria científica de Carlos Finlay y mantener eternamente fulgurante la serena llamarada de su genio.

Para ello debo situarme por esta vez al margen de los finlaístas –entre quienes me cuento y con cuya compañía me honro– y en la posición del biólogo que objetivamente intentara analizar su propia entraña orgánica. Ello no es difícil, al menos en un artículo, pues mi labor finlaísta, aunque entusiástica, es minúscula junto a la de los gigantes como Rodríguez Expósito, Abascal, Villaverde, y muchos más que al lograr que el mundo médico reverencie y comprenda la gesta de Finlay han donado a los médicos de todo el planeta un ejemplo señero de egregio prestigio universal.

Mi único derecho a hablar de Finlay y de sus nietos espirituales los finlaístas, es el derecho de mi amor hacia su límpida lección y hacia su patria de la que me siento hijo adoptivo. Con ese derecho, el mayor que puede invocarse, deseo ceñir una modesta corona de verde laurel –pensamientos y palabras– en torno a la frente de los finlaístas para así, honrando a los que le honran, rendir un tributo más a su obra intentando levantar una punta ¿el velo que encubre la esfinge de la fascinación que Finlay ejerce **sobre sus** discípulos.

QUIENES SON LOS FINLAISTAS Y QUE LES IMPULSA

¿Quiénes son los finlaístas?

Teóricamente debieran serlo todos los médicos del mundo que sienten el fervor y la responsabilidad de su noble ministerio; todo aquél que conozca la Historia de la Medicina y que de ella haga su luz inspiradora. En la realidad, la legión de los finlaístas, por fortuna creciente cada día, está compuesta de médicos, historiadores, investigadores y educadores que han hecho suya la responsabilidad de restaurar con vigor y claridad la verdad histórica sobre el descubrimiento de la fiebre amarilla y sobre su descubridor: ese cubano, al que las fotografías reproducen como un noble anciano cuyas patillas y cabello plateados celan como nubes de plata su alma de niño.

Yo he visto a los finlaístas rebuscar en librerías de América y Europa documentos finlaianos y salir de las tiendas con una lucecita de oro encendida en los ojos, el viejo libróte apretado contra el corazón y los dedos dorados del desvaído polvo de los años y los libros; los he escuchado hablar de Finlay con devoción y amor en cátedras, congresos y conversaciones; he leído lo mucho y bueno que estos hombres han escrito, con ojos enrojecidos y manos cansadas, al final de la dura jornada pasada trabajando entre solemnes archivos, cordones sanitarios o lechos de hospital, mientras otros duermen y ellos dedican las horas robadas al sueño a hacer patria, a hacer historia y, sobre todo, a hacer labor de hombre. Pues ser hombre es ser bueno, generoso y servicial, como lo fue Finlay.

¿Qué es lo que impulsa a los finlaístas? Raramente, si es que alguna vez, ha inspirado tamaño fervor una figura médica. Admiramos el genio de Vesalio, la intuición harveiana, el coraje de Freud, el espíritu de Fleming, pero nunca una figura médica ha inspirado una cruzada como Finlay ni a cruzados como los finlaístas.

No es el mero culto a los héroes el responsable de la cruzada, pues hay muchos otros héroes en la Historia de la Medicina; acaso tampoco la magnitud de su descubrimiento, pues hay más hallazgos, desde el psicoanálisis a los antibióticos, igualmente admirables. Es, quizá, el anhelo de hombres de espíritu quijotesco de reivindicar ante el mundo —lavando así las culpas de sus antecesores— la gloria injustamente ignorada de su más genial médico, a quien por tantos años escarnecieron hasta sus compatriotas. Es también el resultado de haber hallado en Carlos Finlay un ramillete de virtudes cívicas y personales que hacen de él un ideal ejemplar de humanidad a quien honrar en la memoria e imitar en el ejemplo.

Pasemos revista brevemente a los siete principales rasgos, bondad, grandeza, genio, espíritu investigador, claridad, patriotismo, universalidad, del perfil de Carlos Finlay, el hombre y el investigador, en los que acaso se encierra el secreto de seguir, como el Cid, ganando batallas después de muerto. Esos rasgos psicológicos pueden hoy develarse cuarenta y tres años después de su muerte en las tres cosas que más dicen sobre un hombre: retratos, los testimonios de quienes le conocieron, y sus escritos que, como toda obra humana, aún en las más científicas y en apariencia despersonalizadas, cual la de Claude Bernard, están siempre impregnadas de autobiografía. Los hallamos también reflejados, y acaso sea su mejor imagen, por ser la de un espejo vivo y tembloroso cual las aguas límpidas de una alberca, en el espíritu de sus continuadores, los finlaístas.

LA BONDAD

Un castillo es tan grande como sus cimientos. Todo hombre grande comienza en la vida por ser un hombre bueno. Así fue Finlay, como lo revela el testimonio de sus amigos y colegas y, sobre todo, su preocupación por el dolor de los compatriotas que desde hacía varios siglos sufrían el azote del vómito negro.

En Finlay, como en Luis Vives, la humanidad del cotidiano vivir desborda al humanismo del genio. Y es que en ninguna profesión como en la Medicina importa ser un hombre bueno. "Ciencia sin conciencia no es más que ruindad del alma", dijo Montaigne, diamantero de eternidades. Finlay produjo tanta ciencia como conciencia, como acredita su vida de infatigable cantera de la Medicina. Renunciando al oropel del éxito fácil y al lucro tentador, eligió pacientemente en vez de esa alfombra de rosas de papel que es el hacer rutinario de cada día, el camino erizado de zarzales del investigador. Su bondad humana y profesional, su paciencia y su modestia --compañera habitual del genio-- se reflejan en su rostro como el sol en el arco iris.

LA GRANDEZA

Grandeza es sencillez. Lo ha sido desde Hipócrates a Fleming. Lo fue en el caso de Finlay. Fue la suya una aristocracia del espíritu, que es la única soberanía que los pueblos pueden aceptar sin ceder con el acatamiento jirones de su propia soberanía. Finlay fue un hombre humano, fino, generoso, como diría el poeta Juan Ramón Jiménez "espancido de amor, delicadeza y entusiasmo, que es, en sí mismo, toda una humanidad superior". Para Finlay, grandeza fue vivir la vida haciendo cosas grandes con un espíritu sencillo. Con alma de niño edificó una pirámide.

La misma sencillez acompañó a Finlay en los años solitarios de su lucha que en las horas iluminadas de la gloria. Fue indiferente ante la indiferencia, y su fe en sus convicciones le ayudó

a pasar la noche casi interminable de sus fracasos, seguro de que por fin llegaría el alba. Para él la vida era un resplandor, una claridad, que a menudo no venía —como le sucedió al Greco en Toledo— sino cuando encerrado en la penumbra de su despacho dejaba lucir su luz interior. La grandeza baña el estilo de vida de Finlay.

EL GENIO

En arte, el conocimiento es espasmódico, discontinuo y no acumulativo. Un Botticelli, un Miguel Angel, un Cervantes, un Beethoven, un Thomas Mann son de por sí cada uno de ellos un ciclo completo que no necesita de sus predecesores ni necesariamente deja una escuela. Pero en ciencia, el conocimiento es sistemáticamente acumulativo, y se reemplaza a sí mismo. De ahí la perennidad de la obra de arte: sinfonía, poema, torso, lienzo: y la fugacidad de la obra científica: comunicación, artículo, discurso, investigación, siempre superada por el trabajo más reciente en cada campo científico.

Si en arte, el genio es el artista rebelde que crea por completo su universo: en ciencia, lo es el investigador rebelde que supera su universo aplicando a los conocimientos ya existentes la chispa de su intuición. Genio es intuición, pero también es lógica, al servicio de una vocación fervorosa, desplegada en el propicio fragmento del espacio y el adecuado momento del tiempo.

Carlos Finlay tuvo todos estos rasgos del genio científico a los que agregó otros como la prolificidad y la capacidad de poner su obra al servicio de otros equipos. Genio es cantidad, tanto como calidad. Recuérdese a Paracelso y sus copiosos descubrimientos en química medicinal, a Harvey que hizo historia en fisiología y embriología, a John Hunter que revolucionó la anatomía y cirugía; a Freud y su obra prolífica, a Fleming que antes de la penicilina había ya sembrado de genio la quimioterapia. Un genio raramente hace un solo descubrimiento. Finlay hizo muchos. La bibliografía de Finlay revela su inquietud científica, patognomónica del genio. La etiología de la fiebre amarilla fue su mayor contribución pero su genio alumbró muchos otros desvanes de la Medicina, aún entonces oscuros.

EL ESPIRITU INVESTIGADOR

Acaso el más noble ejemplar de la fauna humana en nuestro tiempo es el investigador científico. No el investigador “puro”, a veces un tanto deshumanizado que abunda demasiado en nuestro tiempo, sino el sabio bueno, tallado en la madera de los Pasteur, los Ehrlich y los Cajal. Componente básico de ese espíritu investigador fue la actitud intelectual de experimentador de Finlay, más notable aún por lo infrecuente a fines del siglo pasado todavía embriagado de teórico positivismo naturalista.

Para Finlay el experimento fue complemento indispensable del pensamiento teorizante. Sus experimentos fueron más notables por realizarse en un ambiente indiferente y aún hostil, y en torno a una realidad atroz como el vómito negro que tenía atemorizados a los antillanos.

Hoy día aceptamos el experimento como base de la investigación, pero en los días de Finlay, aún se consideraba que la misión del clínico era solamente curar, y no usar a sus pacientes y su tiempo como usos multicolores con los que satisfacer ocultas ansias de malabarismo intelectual. Finlay supo anticiparse a sus conciudadanos, y modelar con sus manos el porvenir. Sus comunicaciones científicas sobre sus experimentos podrían hoy ser modélicas de un equipo de investigadores, por lo precisas y bien orientadas y por su espíritu práctico, como motivadas por el anhelo de liberar a su país de la maldición amarilla que lo diezmaba.

Admira en Finlay la paciencia con la que durante treinta años convivió, como una compañera fiel, con su preocupación de salvar a Cuba del azote que la tenía desolada. Paciencia en el esperar y prisa en el pensar son cualidades básicas del investigador. A veces la intuición genial relampaguea en un instante, pero el investigador honesto tarda años en verificar su destello de verdad.

Finlay, que de mozo fue un escolar mediocre y de adulto acusado de lento pensar y de mediocridad intelectual, tuvo desde su adultez probablemente la noción de que su vida debía estar regida por una dimensión de trascendencia. Le tocó aguardar a la madurez hasta ver su hipótesis confirmada. Mientras tanto, supo conciliar la prisa en el empeño, con la paciencia en la confirmación.

LA CLARIDAD

El estilo es el hombre, se ha dicho a menudo, pero sería más exacto decir que el hombre, su calidad humana, es lo que inspira su estilo. En su —¡casi desconocido, tan bello!— "Elogio de Claude Bernard" que de su predecesor hizo en la Academia Francesa el 3 de abril de 1879 el historiador Ernesto Renán, dijo refiriéndose al estilo científico de Claudio Bernard, palabras que pueden definir el de Carlos Finlay: "La inteligencia humana es un conjunto tan bien ligado en todas sus partes, que un gran espíritu es siempre también un buen escritor. El verdadero método de investigación, supuesto un juicio firme y sano, entraña las cualidades sólidas del estilo... La norma del buen estilo científico es la claridad, la perfecta adaptación al tema, el olvido completo de sí mismo, la abnegación absoluta. Esta es también la norma para escribir bien sobre cualquiera materia. El mejor escritor es el que desarrolla un gran tema y se olvida de sí

mismo, para dejar que el tema hable ... Se sirve así de la palabra como un hombre modesto se sirve de su traje para cubrirse . . . Piensa, siente: la palabra le sigue . . . Es decir que el estilo de Finlay que aún brilla con diamantino resplandor cuando leemos sus comunicaciones, tiene esa "limpidez que sólo adquiere el hombre que sabe a fondo ciertas cosas y solamente desea decir las para que todos las entiendan.

Releamos a Erasmo, a Luis Vives, a tantos otros, y veremos que el estilo es simple malla de acróbata que cubre sin ocultarlas las formas del artista, guante que ciñe la mano del pensamiento. Así sucede en Finlay cuyas comunicaciones son un diáfano ventanal por donde pueden verse, sin polvo que empañe el cristal, las dilatadas llanuras de su mente.

El credo del investigador científico auténtico es la fidelidad a la Verdad y ello es más que, simplemente, buscarla y servirla: es también expresarla en lenguaje que la haga inteligible a todo el mundo, hasta a los más incrédulos. Por eso, acaso inconscientemente, adoptó Finlay un estilo que, como el de Cajal, Freud, Fleming y Osler, realizaba el ideal de Unamuno de "hablar en sustantivos" sin jamás permitir, gracias a una estricta policía del idioma, que las hipótesis o las redundancias se deslizaran en su prosa y estropearan su probidad científica al exagerar los conceptos.

La claridad en el estilo presupone claridad de pensamiento y ésta a su vez claridad espiritual. Un estilo claro es como el claro cristal en un escaparate, que indica que el dueño de la tienda no teme que se mire su nítido interior. En sus trabajos, Finlay nos ofrece una prosa que es fluida y cristalina como el agua de esos riachuelos de la sierra que él acaso admiró de niño en las estampas de la Escocia paterna.

EL PATRIOTISMO

Domina en la obra de Finlay la obsesión en torno al azote de la patria, que era entonces la fiebre amarilla. A esa obsesión gloriosa consagró su vida científica; que le dolía ver en su tierra, la más bella isla del planeta, dorada y dulce como la miel y el azúcar, estremecida bajo el azote del vómito negro, Finlay, auténtico patriota, fue una parte viva de la conciencia histórica de su época. Es decir, supo ver a Cuba y sus problemas con ojos tan dulces de amor como chispeantes de crítica. Pues el verdadero enamorado no es el que responde ciego a las flechas del alado niño, sino el que con los ojos bien abiertos ama y considera maravilla hasta las imperfecciones de la amada.

Finlay se apercibió que para que Cuba adquiriese un puesto en la hornacina de la Historia había antes que liberarla de la tiranía apocalíptica del vómito negro. Por eso, la voz de Finlay

es más que una mera voz científica, pues está llena de resonancias históricas que nos traen aún hoy día el eco trágico de los pavores y dolores de la Cuba de hace setenta años, que él supo recoger como nadie en su obra apasionada.

Pese a la recepción negativa o sarcástica de sus doctrinas, Finlay tuvo fe en su patria, en el espíritu de los cubanos que habían sabido ir haciendo de su isla una perla engarzada en la montura de zafiro del Caribe, y como tal representó la voz y el espíritu de su época, anheloso de sacudir de la isla las cadenas de la esclavitud a la enfermedad, que es la peor de las esclavitudes. Esa espléndida obsesión suya haría posible años más tarde, al aplicarse sus doctrinas, la construcción del canal de Panamá gracias al cual se unen en amoroso abrazo los dos océanos de mayor historia del planeta.

Por todo ello, la patria de Finlay fue creciendo con su descubrimiento hasta convertirse en esa patria universal que no está descrita en ninguna Geografía. Cuando decimos que Finlay fue un cubano universal no estamos usando una mera figura retórica, sino aludiendo a que su descubrimiento ayudó a hombres de todos los colores, razas y religiones que hoy, en toda la redondez del planeta deben a él, sin saberlo, el poder vivir, amar y trabajar sin peligro en áreas de la tierra que antes de Finlay eran voraces camposantos donde se enterraban millares de víctimas producidas por la picadura del mosquito insaciable y mortífero.

La lección de Finlay es la de que en Literatura como en Ciencias, es posible a copia de ahondar en lo local y nacional, si se profundiza bastante, llegar a las raíces de lo universal. Acaso sea más fácil llegar a lo universal en un plano vertical —que algunos miopes conceptúan provinciano—, que desparramándose en extensiones horizontales que por su superficialidad rozan todos los pueblos sin llegar a penetrar en ninguno. En el alma y en la obra de Finlay hay una recia hondura vertical que es garantía cierta de su universalidad en el espacio y de su eternidad en el tiempo.

LA UNIVERSALIDAD

Hemos hablado de la universalidad de Finlay. En ella radicó su mayor timbre de gloria. En su citado discurso, dijo Renán que “la gloria tiene algo de homogéneo e idéntico. Todo lo que vibra la produce. No hay varias especies de gloria como no hay varias especies de luz”. Todas las glorias tienen su rayos de la misma materia. La gloria de Finlay ya no es sólo cubana sino universal, y cubre de honor no sólo a los cubanos sino a los médicos, a los historiadores, a cuantos en el mundo entero saben amar un ideal y venerar la grandeza, reverenciar a un genio y admirar la abnegación.

En nuestra época de átomos^x y sputniks, es muy importante tener siempre presente el ejemplo de Finlay, porque cuando todas las maravillas mecánicas del siglo sean reemplazadas por otras, aún restará el ejemplo de este cubano genial como inspiración de los hombres y los pueblos y pilar de eternidades.

Por todo ello —la bondad, la grandeza, el genio, el espíritu investigador, la claridad, el patriotismo y la universalidad— es que los finlaístas, esos hombres buenos dedicados a cantar y contar al mundo la gesta y el gesto de un hombre grande, han consagrado a tan romántico empeño su espíritu y su labor. Pues de Finlay, como se dijo del más grande fisiólogo inglés contemporáneo, podría afirmarse que su mente fue una cúpula hecha de vidrios de muchos colores cuya luminosidad policroma se proyectó en numerosos campos del esfuerzo humano. Fue pues un poeta de la ciencia, pues poetas son “todos aquellos que aman, sienten grandes verdades dentro de sí y además las cantan”.

L'ENVOI

No hay modo mejor de honrar a un hombre que a través de sus obras y sus discípulos. La obra de Finlay es ya patrimonio universal por su grandeza. Yo sólo he pretendido —hablando en voz baja, como si estuviéramos descubiertos en una noche de clara luna llena y ante la tumba del egregio investigador— intentar captar algunos de los destellos del insigne cubano que, como se prende en la solapa una ramita de encina un paseante para que todos sepan que vuelve del bosque, llevando prendidos en el corazón todos los finlaístas. Esos hombres, los últimos románticos, que de retorno del bosque de amor y de ciencia que fue Finlay, van por el mundo recordando a los pueblos esa verdad maravillosa y soleada que fue la vida y la obra del gran cubano universal de la faz de santo y la mente de sabio.

NOTA BIBLIOGRAFICA

La cita de Ernesto Renán está tomada del librito "Eloge de Claude Bernard" conteniendo el Discurso de recepción en la Academia Francesa pronunciado por Ernesto Renán en honor de su predecesor Claude Bernard, el 3 de abril de 1879 y publicado en edición privada de lujo por M. Jacques Delegrange en la Typographic Firmin-Didot et Cie. de París.

La cita en la página 11 en la que se compara a Carlos Finlay con el gran fisiólogo inglés Sir Charles Sherrington está tomada del libro "Sherrington, physiologist, philosopher and poet" por Lord Cohen of Birkenhead, impreso en Liverpool en 1958 para Charles C. Thomas, Springfield, Illinois.